

## **Indigestado(s)**

**Edmundo Berumen**  
**Abril 2008**

Al paso del tiempo, nuestro organismo inicia un proceso de rebelión contra los excesos del pasado y reacciona en contra de los impulsos desinhibidos de las papilas gustativas exhibiendo distintos grados de indigestión. Al no prestar atención a estos avisos tempranos, la intensidad y frecuencia de estos aumenta como un mecanismo de defensa y último recurso para advertirnos que algo grave está pasando, y que si no ajustamos nuestros hábitos y costumbres para iniciar un régimen más selectivo y cuidadoso en lo que consumimos la indigestión será lo de menos, una simple antesala a cosas peores.

Estoy (¿Estamos?) indigestado(s). Y sí, los excesos del pasado y presente son su origen.

Más no padezco, aún, la que proviene de las traviesas papilas gustativas. La indigestión que padezco es mucho más grave; se debe a los excesos en el consumo irrestricto sin análisis ni examen superficial siquiera de datos, textos, exposiciones, imágenes fijas, audios, videos, discusiones propias y de otros, sobre el “acontecer” noticioso local, nacional, global.

El menú es amplio y mucho se antoja, en automático inicia el “zapping” en la radio, la televisión, los diarios, las revistas, los “avisos” vía celular, la navegación por Internet, la charla ocasional, ... , y de todo se prueba un poco, pocas veces con lentitud y deleite, muchas se deglute todo sin masticación alguna. Igual al conductor que se sublima al escucharse en soliloquios sin fin dejando silente al interlocutor convocado en el otro extremo de la línea o sentado al lado, que al analista “yoyo” que no deja de citarse recordándonos reiteradamente que ya lo había advertido desde tal o cual fecha, que a la acalorada mesa de voces familiares de desconocidos personales que lanzan al unísono verdadera metralla de verborrea ininteligible, que a la cápsula inesperada que interrumpe la transmisión regular para en tiempo real difundir algo que algún productor/directivo juzgó imprescindible ser el primero en sacarlo al aire, que a la tertulia acostumbrada entre amigos o vecinos de oficina que recitan como propias parafraseas de los sedimentos revueltos que lograron quedar archivados del consumo más reciente.

Con frecuencia se hacen muchas afirmaciones que quedan como retos que nadie recoge por apatía o cansancio, y sobreviven como verdades inequívocas hasta en tanto no lleguen otras que afirmen lo contrario y reciban la misma aceptación callada.

Otras conllevan una carga emocional tal que en cuanto se eructan todos tienen alguna vaguedad, opinión o precisión que hacer, siempre con gran envidia, siempre sin llegar a discusiones serias ni conclusión alguna.

Infelizmente, entremezclado en todo lo anterior pasan desapercibidas y se pierden valiosas perlas de información clara, sencilla, objetiva, sin adjetivos, o subjetiva y bien sustentada, que el estiércol que las rodea acarrea al drenaje común, no sin antes provocar los retortijos propios de la indigestión.

¿Temática? Toda: sabrosos chismes de “famosos” por sus tropelías, excesos, abusos, filantropías, aportaciones, belleza, intelecto, dones, admisión reciente a uno de los grupos privilegiados o caídos en desgracia y corridos del edén; tragedias “naturales” donde claro, “el hombre” nada tuvo que ver, es la caprichosa naturaleza; hidras políticas que asoman algunas de sus muchas cabezas amenazantes y venenosas envueltas en melosas consignas; disfraces de cúpulas de poder sin poder alguno que acatan órdenes de origen misterioso, o poder real encubierto en almíbar, que compiten con las anteriores, igualmente amenazantes y ponzoñosas; urgencias inaplazables de reformas que vienen aplazándose lustros, sexenios, décadas, juzgadas indispensables y no obstante dispensadas desde siempre hasta ahora por un país que milagrosamente sobrevive sin ellas; extremos que se polarizan aún más, disparidades que se agudizan; desplegados a favor de algo juzgado valioso por los firmantes (algunos con los que con frecuencia coincido), desplegados en contra de algo juzgado nocivo por los firmantes (algunos con lo que con frecuencia coincido); acciones inflamatorias que nos acercan al borde de precipicios sin fin con remembranzas del “Je suis le Roi, le Roi c’est le Loi et le Loi ce moi.”; inacciones de actores involucrados que en contemplación estática callan o en el mejor de los casos chistan “y yo porque”; lúcidos llamados a la medida y discusión pro-positiva que se pierden en el estruendo de todo lo anterior.

Nada que no se mida en la nada seguirá. Opinión sin datos en opinión quedará. Datos que no provoquen opinión como cifras sin valor pasarán.

Y toda una industria, oficial, oficiosa, privada, social; desde dentro, desde fuera, mide. Mide a distancia tomando perspectiva y mide con microscopio hurgando escondrijos. Mide cada vez más, más facetas de un tema, más temas. Temas ocasionales, otros de vez en vez, otros con rigurosa periodicidad, otros de caprichosa coyuntura.

Surgen sastres por doquier y con las mediciones configuran prendas para todo gusto, para toda ocasión. Las mismas medidas sirven a todos, el ingenio y creatividad de cada sastre es su única limitación. Hay quienes las confeccionan a granel para consumo masivo, hay quienes las hacen bajo pedido específico del cliente. “¡Qué bien le queda, claro, la percha cuenta, pero es la prenda más adecuada para la ocasión, se lucirá Usted!”

La parada interminable de medidas trae remembranzas de viejos rituales de informes presidenciales. Los malestares de la indigestión se agudizan; con cada avalancha de cifras banales se pierden las valiosas: ya de la economía, ya de pobreza, de salud, de corrupción, de transparencia, de inseguridad, de educación, de inequidad.

Largas series se dibujan con colores llamativos que a su vez portan información, incluyen ya la última valoración de funcionarios del más alto nivel y pléyade de suspirantes a sustituirlos apenas iniciada la gestión de estos.

La redundancia se hace presente, arguye su relevancia, ¿acaso no tenemos dos ojos, dos oídos, dos manos, dos piernas? ¡Que se mida lo mismo, más de una vez, con métricas y ejecutantes distintos! La convergencia cercana al mismo resultado dará certidumbre al mismo.

El escenario está puesto, la coreografía en su lugar, las pistas de la trama con el nivel de suspenso adecuado y el desenlace esperado con tranquilidad por algunos, con ansiedad por otros, con apatía o desinterés por el resto. (La indigestión sonrío.)

Cuando la argüida convergencia se da, muchos celebran con algarabía, a muchos no gusta pero la aceptan a regañadientes, sin faltar algún tozudo que arguye en contra, acusa fallas metodológicas, intereses del ejecutante de la medición, o simple y llanamente grita ¡fraude!

Cuando la convergencia no se da, y con frecuencia significativa no se da, el fuego cruzado se intensifica, las bajas y daños colaterales crecen.

Asombrados atestiguamos cómo la belleza de la sencillez de la aritmética de contar se convierte en farsa y sátira.

Los adictos al zapping nos engolosinamos: oímos, leemos o vemos a unos, luego a otros, luego aquellos, regresamos con los primeros, de vuelta a los últimos ... . En la vorágine perdemos el hilo de la madeja, nuestra madeja, y como veletas a la deriva coincidimos primero con unos, luego con los otros, luego con todos, luego con ninguno, y vuelta a empezar.

Gastritis y cólicos mentales se acompañan de migrañas y alucinaciones. Escuchamos voces familiares y extrañas a la vez gritando órdenes al vacío: ¡fuera los nacos, que los encierren!; ¡ricos corruptos que les quiten todo!; ¡pseudo intelectuales vedettes que les den un baño de pueblo!; ¡políticos de chatarra que los manden a su casa!; ¡medios vendidos que los cierren!; ¡testaferros, que los exhiban en plaza pública!; ¡gobierno inepto que lo quiten!; ¡mexicanos de ...

Estoy (¿Estamos?) indigestado(s).

Remedio drástico: a la basura el consumo de lo cotidiano, a fin de cuentas nada cambia, y si cambia es para permanecer igual. Debo regresar a los viejos clásicos, a la historia, entre más lejana mejor. Lejana en el tiempo, lejana en la geografía. Al reposo de la ficción, de la novela, de la poesía.

¡Alto irresponsable! El país no aguanta más. Es tú país. Eres actor, actúa. Recupera tu equilibrio, la indigestión tiene cura. Vuelve a tus hábitos de cernir, identificar, separar, clasificar, desechar, seleccionar, examinar, dialogar, cuestionar, escuchar, desechar más, conservar algo, consolidar lo acumulado y vuelta a empezar.

Epílogo. Amigos bondadosos con su tiempo reaccionan: vete de monje trapense; sintoniza el discovery channel y no le cambies; mandan cuentos de gallegos juzgándome triste; ¡bien!, intenta dejar de ser un “hombre de tu tiempo”, para recuperar tu tiempo; eres uno de los responsables de que la basura proliferen; la historia sólo te recordará los mismos vicios y “al mismo hombre, lobo del hombre”; ¡ánimo, al mal tiempo buena cara!